

de tareas deberían asentarse en la agenda político-institucional para iniciar un proceso que tenga como meta raer la trama liberal-corporativa que comenzó a hilvanarse treinta años atrás.

Sergio D. Morresi
UNGS-CONICET

A propósito de Sheila Fitzpatrick,
La revolución rusa, Buenos Aires,
Siglo XXI (Colección Historia y Cultura),
2005, 237 pp.

La editorial Siglo XXI acaba de editar por primera vez en castellano este clásico publicado originalmente en inglés en 1982, y reeditado en 1994 con cambios importantes. Si uno tiene en cuenta que la autora es una de las figuras más importantes del campo historiográfico a nivel mundial, la publicación de **La revolución rusa** se vuelve un evento digno de celebrar. Sheila Fitzpatrick —actualmente profesora en la Universidad de Chicago y una de las directoras de la prestigiosa revista **Journal of Modern History**— fue una de las historiadoras clave de la llamada “escuela revisionista” que desafió los preconceptos y estereotipos de la “escuela del totalitarismo” dentro de la soviología norteamericana, y es hoy, probablemente, la persona más influyente dentro del campo de la historia rusa a nivel mundial.

En un tono de divulgación y con notable capacidad de síntesis, el libro de Fitzpatrick presenta una serie de hipótesis interpretativas acerca de la revolución rusa, tan sugerentes como bien fundadas en las propias investigaciones de la autora y en las de la bibliografía reciente. La argumentación lleva al lector permanentemente del escenario específico ruso al de la naturaleza general de las revoluciones modernas. Lo primero que llama la atención es la hipótesis central referida a la periodización, según la cual la revolución rusa es el proceso histórico que se desarrolla entre 1917 y mediados de los años '30. Así, 1917 y la “revolución desde arriba” de Stalin aparecen como parte del mismo proceso (independientemente de lo que uno pueda opinar acerca de las similitudes y diferencias de los dos momentos), toda vez que una revolución se define como el

período de trastornos que media entre la caída de un orden y el establecimiento de uno nuevo (p. 14). Interpretando la NEP como un período de quietud momentánea entre dos vendavales, el verdadero “Terminador” se ubica luego del Primer Plan Quinquenal, cuando se trocan los valores revolucionarios e iconoclastas del pasado por el apego a un nuevo orden, una nueva autoridad, y una nueva tradición. Aunque Fitzpatrick tenga una visión claramente desencantada respecto del cambio radical (“terminar en desilusión y decepción está en la naturaleza de las revoluciones” [p. 20]), la hipótesis de la continuidad entre Octubre y el Primer Plan Quinquenal se construye a partir de una argumentación más pragmática que ideológica. En efecto, la intención de la autora no es demostrar que 1917 conducía inevitablemente a Stalin —como sostenía la soviología clásica— sino comprender el ciclo completo de la revolución. En este sentido, Stalin aparece claramente como aquél que *cierra* el proceso abierto en febrero de 1917, antes que como su continuador. En una de las hipótesis más provocativas del libro, Fitzpatrick reflexiona acerca de los modos en que se ha puesto final a las revoluciones modernas. A diferencia de casos anteriores, Stalin halló la forma de *acabar* con el proceso revolucionario sin repudiarlo. ¿Cómo? Declarando que la revolución había finalmente *triunfado* (y que era hora, por ello, de “volver a la normalidad”). Es así que la retórica oficial instaurada a mediados de los años '30 anunció el éxito en la implantación del “socialismo”, presentando al mismo tiempo una distinción entre esa etapa supuestamente victoriosa y la del “comunismo” aún por venir, para sortear así la incongruencia entre la realidad de la URSS de entonces y los pronósticos iniciales del marxismo —por ejemplo, el hecho de que el Estado parecía lejos de estar extinto (pp. 190-96).

La narrativa del proceso histórico así recortado está organizada a partir de una tensión fundamental que es, al mismo tiempo, otra de las hipótesis fuertes del libro. Si la revolución es, por un lado e indudablemente, fruto de los anhelos emancipatorios de los trabajadores, por el otro no dejó de ser por ello entendida como un medio para salir del atraso y alcanzar la “modernización”. Ahora bien: no

va de suyo que los imperativos de la modernización (especialmente el desarrollo económico y la industrialización) puedan coincidir con los de la libertad y la igualdad; de hecho, ambos han sido más bien antagónicos a lo largo del siglo XX en la mayor parte del mundo. El marxismo, en este sentido, habría funcionado en Rusia y en otros países como una “ideología de la modernización”, más que como una de la emancipación (p. 21). Fitzpatrick presenta evidencia difícil de refutar, especialmente cuando sostiene —correctamente— que el motivo del acercamiento inicial de Lenin a aquella tradición de pensamiento reside en que había hallado en ella argumentos en favor de la modernización económica (incluso si era capitalista) contra el populismo imperante, que tendía justamente a rechazar el desarrollo capitalista para preservar el igualitarismo y las tradiciones de autogobierno presentes en el pueblo ruso. Después de todo, la primera obra de largo aliento escrita por Lenin, **El desarrollo del capitalismo en Rusia** (1899), es una larga celebración de la destrucción del “idiotismo rural” (para ponerlo en términos de Marx) a manos del capitalismo (p. 41). Si a esto uno agrega, como Fitzpatrick, una comparación con los usos de las ideas de Marx predominantes en China e India (y podríamos sumar el África negra), la hipótesis según la cual el marxismo fue utilizado en el siglo XX para legitimar programas de modernización —junto con los Estados fuertes que pudieran encararlos— queda suficientemente probada. La ambivalencia de los usos del marxismo y del socialismo en general como ideologías emancipatorias pero *también* modernizadoras constituye un aporte central del libro. Por momentos, sin embargo, la autora extrema la argumentación de modo tal que pierde el justo balance. Por ejemplo, cuando distingue entre un componente igualitarista que sería propio de la revolución como fenómeno popular, y un componente modernizador monolíticamente encarnado por Lenin y sus seguidores. Así, a través de este par binario claramente recortado, Fitzpatrick argumenta que, en realidad, los bolcheviques originalmente no tenían la idea de hacer una revolución igualitaria, libertaria, utópica, y que fue la dinámica de la revolución la que los hizo ser “esporádicamente” igualitaristas, libertarios,

utópicos antes de la época de Stalin (p. 199). De este modo, la vertiente ultrarrevolucionaria, iconoclasta, antilietista, y experimental presente en algunos momentos o zonas del bolchevismo, aparece más como una anomalía en un escenario de autoritarismo modernizador, que como una ambivalencia por derecho propio. Una hipótesis que sostenga la tensión de la ambivalencia *también* dentro del partido de Lenin resultaría más productiva.

Un punto bien logrado en la narración del proceso que nos ocupa es el que refiere a la relación entre bolchevismo, clase obrera, y pueblo ruso en general. Aquí Fitzpatrick argumenta en forma convincente y desprejuiciada, apoyándose en las numerosas evidencias acumuladas en varias décadas de investigaciones. ¿Representaban verdaderamente los bolcheviques a la clase obrera? En su respuesta a este interrogante Fitzpatrick despacha rápidamente las interpretaciones de la soviología clásica, según las cuales toda la revolución de Octubre no habría sido sino un golpe de estado llevado a cabo por un partido férreamente disciplinado y sediento de poder, que aprovechó una coyuntura de vacío de autoridad para imponer su dictadura. Como figura clave de la escuela revisionista, la autora defiende el carácter *social* y auténticamente popular de las jornadas de 1917. Pero la respuesta de Fitzpatrick tampoco es complaciente con la mitología leninista. La autora argumenta que no puede establecerse la cuestión de la “representatividad” de los bolcheviques sin tener en cuenta una periodización mínima. Está perfectamente claro que el partido de Lenin gozaba de la preferencia de los obreros en su momento de mayor radicalización, en el verano y el otoño de 1917. Antes y después de esa fecha las cosas no están tan claras. Es sabido que los bolcheviques eran un partido muy minoritario antes de febrero y durante los primeros meses de la revolución. Por otra parte, hubo signos importantes de descontento obrero a partir de 1918, con su punto mayor en la rebelión de los marinos de Kronstadt (1921), que debió ser aplastada a sangre y fuego por el gobierno de Lenin y Trotsky. Con el inicio de la NEP se restauró la alianza entre el partido y la clase obrera, que estaba a punto de romperse del todo. El divorcio final ven-

dría en la década de 1930, aunque incluso entonces la movilidad social ascendente garantizaba cuotas importantes de apoyo proletario (p. 22). Contrariamente a la imagen que transmiten el **Qué hacer** y la mitología de los partidos leninistas desde entonces, el de Lenin era todavía en 1917 un partido de masas, abierto, bastante democrático, y notoriamente indisciplinado. El éxito de los bolcheviques en ganarse la simpatía de los obreros tuvo poco que ver con su supuesta disciplina o su férrea organización. Los nuevos afiliados de entonces —que se sumaron en proporción mayor que a cualquier otra organización— se acercaban atraídos por el radicalismo intransigente de los bolcheviques, que, a diferencia del resto de los partidos de izquierda, no intentaron encauzar el proceso, “se mantuvieron en las calles con la irresponsable y belicosa muchedumbre revolucionaria”, y fueron los únicos en posición de beneficiarse con la desintegración de la estructura del “doble poder” (p. 60).

Si la representatividad proletaria de los bolcheviques en octubre de 1917 es indudable, ¿cuál era la situación respecto del resto de los grupos sociales? Es sabido que en las elecciones para la Asamblea Constituyente realizadas en noviembre de ese año los partidarios de Lenin obtuvieron sólo el 25% de los votos, contra el 40% de sus principales rivales en el campo revolucionario, el partido eserita, favorito del campesinado insurgente. De todos modos, la autora presenta interesantes hallazgos respecto de la distribución geográfica del voto: los bolcheviques ganaron predominantemente en ámbitos urbanos, pero recibieron también un caudal de votos similar al de los eseritas en aquellas regiones rurales en las que los campesinos los conocían, o en las que habían tenido ocasión de hacer campaña. De cualquier manera, los partidarios de Lenin nunca reclamaron para sí otra representatividad que la de la clase obrera. Fue en nombre de esa “vanguardia” que disolvieron la Asamblea Constituyente sin mayores remordimientos (pp. 88-89).

Como quiera que haya sido la cuestión de la *representatividad* bolchevique, Fitzpatrick se ocupa de distinguirla claramente de otra: la de la *legitimidad* de las acciones del partido en Octubre y después. Porque

una cosa es haber gozado de la simpatía de los trabajadores, y otra muy distinta suponer que éstos hubieran aprobado el curso de acción que tomaron entonces inconsultamente Lenin y sus seguidores. En este punto la argumentación de la autora es sutil y contundente a la vez. Cuando la clase trabajadora reclamaba en favor del “poder de los soviets” y con fastidio frente al Gobierno Provisional, lo que estaba en juego en esa consigna era que los obreros eran quienes debían gobernar el país a través de esa democracia obrera *en acto* que eran los soviets locales, distritales y nacionales. Esta conciencia proletaria, según Fitzpatrick (siguiendo en esto la interpretación de Marc Ferro) se aproximaba más al anarquismo que al bolchevismo. En efecto, Lenin no compartía la visión de un gobierno democrático directo basado en asambleas, comités de fábrica y soviets, sino que confiaba en una “dictadura del proletariado” conducida por un (su) partido revolucionario (p. 75). ¿A qué se refería Lenin entonces cuando decidió promover la consigna “todo el poder a los soviets”? Entre abril y agosto la consigna era en su boca una provocación destinada a desafiar a los moderados del soviets que no querían tomar el poder y apostaban todavía a cooperar con el Gobierno Provisional. Pero ese uso necesariamente cambiaría cuando, el 31 de agosto, los bolcheviques ganaron la mayoría en el soviets de Petrogrado (y pronto también en el de Moscú). ¿Seguiría queriendo Lenin la transferencia de todo el poder a los soviets, si se confirmaban las tendencias y su partido obtenía la mayoría en el Segundo Congreso Panruso de los Soviets programado para octubre? Curiosamente, a partir de entonces Lenin comenzó a urgir al partido para que actuara insurreccionalmente por su cuenta. Como es bien sabido, le costó mucho convencer al resto de los líderes de su Comité Central de promover una insurrección armada, y recién el 10 de Octubre el partido votó en favor de tal curso de acción. Finalmente, Lenin ordenó el comienzo del levantamiento en la noche del 24 de Octubre. Pero ¿por qué adelantarse con una jugada tan arriesgada, cuando los acontecimientos parecían evolucionar en su favor? En efecto, se esperaba que el Segundo Congreso, cuya reunión estaba programada para el 25 de Octubre (sólo pocas horas después de la

insurrección), votara de todos modos acabar con el Gobierno Provisional y formar un gobierno soviético puramente revolucionario y socialista. ¿Por qué no esperar unas horas más? Fitzpatrick construye aquí una respuesta basada en evidencias a esta altura abrumadoras de que Lenin quería, precisamente, adelantarse a cualquier decisión que el Segundo Congreso pudiera tomar, presentarle el hecho consumado del derrocamiento del Gobierno Provisional, y pasarse con los bolcheviques como los triunfadores de la jornada. Los bolcheviques contaban con el apoyo de poco menos de la mitad de los delegados del Congreso, y no querían formar un gobierno multipartidista con las demás organizaciones revolucionarias. Desde septiembre Lenin quería un gobierno de su partido, antes que el gobierno de los soviets multipartidistas, y se opuso sistemáticamente a la posibilidad de ampliar la participación de otros partidos socialistas en el nuevo gobierno —salvo a regañadientes durante la breve colaboración con los eseritas de izquierda—, incluso a pesar de intensas presiones en ese sentido de importantes sectores de la clase obrera (pp. 83-86). En otras palabras, Octubre fue una revolución popular toda vez que el derrocamiento del Gobierno Provisional tenía amplio consenso entre los grupos sociales participantes. Pero la forma precisa en que este derrocamiento se llevó a cabo —la acción unilateral y premeditadamente manipuladora de los bolcheviques— constituyó una maniobra de dudosa legitimidad, que dividió el campo revolucionario y comprometió el destino de toda la revolución.

La deriva autoritaria que siguió luego el gobierno comunista, marcada por la supresión de la vida política libre incluso dentro del partido gobernante, es bien conocida. Fitzpatrick presenta en este punto una interesante interpretación: el reforzamiento de la disciplina en lo político fue la contracara de su relajamiento en otros ámbitos a partir de la instauración de la NEP. Según la doctrina explícitamente esbozada por Lenin, un “ejército en retirada” necesita todavía más disciplina que uno que avanza (p. 125). En este sentido, la burocratización y el autoritarismo que comenzaron a profundizarse en el partido están directamente relacionados con

la concepción política del propio Lenin, y con sus propias decisiones en momentos cruciales. Fitzpatrick critica aquí la visión romantizada que presentó hace tiempo otro historiador de la escuela revisionista, Moshe Lewin, según la cual Lenin habría librado su “último combate” contra la burocratización y el autoritarismo mientras su vida se iba extinguiendo. Por el contrario, argumenta la autora, si bien Lenin advirtió antes de morir sobre lo inadecuado del temperamento de Stalin, jamás pensó en revertir la concentración del poder en manos del puesto del Secretario General que él mismo había promovido. Su problema era con la persona que coyunturalmente lo ocupaba, y no con las características autoritarias y burocráticas de su ejercicio (pp. 140-43).

El tratamiento de los inicios del estalinismo contiene menos elementos controvertidos, aunque no carece de hipótesis y comparaciones sugerentes. Aquí la narrativa está dominada por el paso de la “revolución desde arriba” que implica el Primer Plan Quinquenal, a la cristalización de un nuevo orden social que acaba no sólo con los anhelos utópicos de 1917, sino incluso con la iconoclastia renovada que se hizo presente en la llamada “revolución cultural” de fines de los años ‘20. La “gran retirada” de los años ‘30 implicó el abandono del fervor antiburgués propio del bolchevismo, y la adquisición de un nuevo respeto a la autoridad, la tradición, el orden, los incentivos materiales, la conducta cultivada, y la previamente vilipendiada *intelligentsia* (pp. 200-205), junto con un abandono del viejo internacionalismo en favor de un giro “patriótico” típicamente estalinista (p. 165). La ambivalencia se vuelve a hacer presente en el análisis del fenómeno del ascenso social que el Primer Plan Quinquenal alimenta. Si, por un lado, la promoción de importantes cantidades de obreros a posiciones de administración, científicas, técnicas, etc. de mayor jerarquía —la famosa “revolución en el estatus”— podía interpretarse como un triunfo de la revolución proletaria, del mismo modo podía tomarse como otro signo de la “revolución traicionada” en la medida en que estos ex-obreros ascendidos tendían a formar un grupo social escindido de su clase de origen (pp. 198-99). Donde hay menos ambivalencia

es en el destino del campesinado: el reforzamiento de los niveles de explotación y extracción de excedentes por parte del Estado, y la reimplantación de los pasaportes internos invitan a Fitzpatrick a hacer comparaciones sugerentes con dos épocas supuestamente pasadas: la de la servidumbre feudal, y la de los cercamientos en los albores de la revolución industrial (pp. 177-78).

Con todos sus aciertos, el libro de Fitzpatrick no deja de tener algunas debilidades. La definición del concepto de “revolución” con el que implícitamente trabaja es poco productiva y lleva en sí la marca de una operación teórica contrainsurgente. En efecto, la autora define una revolución por lo que no es: se trataría de un período de *ausencia* de orden, antes que de *presencia* de algún fenómeno social valorable en sí mismo. Como es habitual, este tipo de razonamientos oscurece la riqueza de aquello que emerge como parte de un proceso revolucionario —la política subalterna, las experimentaciones de vida emancipada— y que lo define mucho más que el aspecto exterior de inestabilidad y caos que pudiera proyectar.

Por otra parte, el tratamiento del “terror revolucionario” —uno de los ejes centrales del texto— no resulta del todo convincente. La autora intenta aquí comparar los episodios de terror en Rusia con los de otras experiencias revolucionarias, a la vez que someter a rigor crítico la tesis de un “terror totalitario”. En efecto, la aplicación de métodos de terror tanto contra enemigos “externos” (es decir, contrarios a la revolución) como “internos” (militantes caídos en desgracia) es algo característico de ciertas fases de todo proceso revolucionario, no necesariamente ligado al mantenimiento de un régimen totalitario, como prueba el período jacobino en el caso francés. Lo que resulta poco convincente es el intento de considerar las purgas de 1937-38 a la vez como “terror revolucionario” (por su retórica y objetivos) y como “terror totalitario” (por su intención de consolidar un régimen nuevo). La argumentación resulta aquí poco productiva y algo confusa (pp. 15, 24).

Otro problema del libro de Fitzpatrick es la descripción del escenario en el que sucedería la revolución —la Rusia zarista— en

el capítulo primero. Aquí, la autora cae en los clichés liberales y eurocéntricos habituales. En efecto, la sociedad zarista es descrita como la imagen negativa de Europa occidental: nuevamente en este caso, toda la argumentación se contruye explicando lo que Rusia *no era*, antes que lo que *era*. Así, se pone gran énfasis en la *ausencia* de una nobleza independiente capaz de limitar el poder estatal (p. 27), y en la “incompletud” de la modernidad rusa en virtud de la *carencia* de una “clase media” (p. 34). Ambas *faltas* explican la *ausencia* de desarrollo económico verdadero, y los rasgos autoritarios del poder zarista. Por otro lado, el proletariado revolucionario —descrito resaltando su origen campesino reciente— también debe medirse con la vara de la clase obrera occidental: “La clase obrera rusa fue revolucionaria pues no tuvo tiempo de adquirir la ‘conciencia sindical’ sobre la que escribió Lenin, de ser un proletariado industrial arraigado, en condiciones de defender sus intereses a través de procedimientos no-revolucionarios y de entender las oportunidades de ascenso social que las sociedades urbanas modernas ofrecen a quienes tienen un cierto nivel de educación y especialización” (p. 34). Como puede verse, la existencia de una Rusia revolucionaria no se explica a partir de sus características propias, sus tradiciones, sus prácticas, sino a partir de sus carencias. Éstas, a su vez, son las que alimentan la “normalidad” (e implícitamente la superioridad) de las sociedades occidentales. El carácter normativo e ideológico de este tipo de argumentaciones es bien conocido: Rusia se volcó al comunismo por *no tener* una burguesía ni una clase obrera bien desarrollada y reformista, como corresponde a un país verdaderamente moderno (es decir, marcado por una fuerte burguesía y trabajadores bien “educados”). El mismo sesgo elitista se percibe en el apartado destinado a hacer la historia de la “tradición revolucionaria” rusa. Exclusivamente centrado en las desventuras de los grupos de la *intelligentsia*, el apartado margina completamente la larga tradición de luchas sociales radicales de las clases subalternas rusas. Por otro lado, toda la narración apunta a, y concluye con, el protagonismo del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, lo que resulta en un olvido teleológico de los otros partidos

y grupos revolucionarios (pp. 37 ss.). La omisión es particularmente distorsiva si uno tiene en cuenta que el partido eserita fue el principal partido revolucionario a partir de principios del siglo XX y hasta ser suprimido por los bolcheviques en 1918. Su historia no aparece reflejada en la estrategia narrativa adoptada. Por lo demás, la totalidad del libro está estructurada en torno de los sucesos que afectan la esfera estatal, los motivos de su debilidad o de su ulterior deriva autoritaria; la esfera de la política autónoma de las clases subalternas es así invisibilizada.

Objeciones al margen, **La revolución rusa** es un trabajo de indudable calidad académica y gran poder divulgativo, y su publicación es de enorme importancia para el campo de estudios rusos y para el público de habla hispana en general.

Ezequiel Adamovsky
UBA

